

TEATRO IMPRESO

HAREMOS EL MAR...

Tere Valenzuela

ESCRIBIR PARA NIÑOS NUNCA ME LO PROPUSE, BROTO COMO ESAS PLANTAS QUE SALEN solitas en una maceta en donde una puso un geranio, éste se seca y la plantita aquella crece y crece muy lozana y contenta, y nos va encantando y la amamos.

Ahí estaba pues el gusto (yo no lo sabía), las ganas de hacer algo para ellos, los niños. Y no solo para ellos, porque siempre van los papás, los hermanos mayores, o las tías, a acompañarlos y a divertirse también; o eso es lo que debería suceder.

Yo de chica sólo fui al teatro una vez, en Irapuato, a ver los títeres de Rosete Aranda esa compañía legendaria que anduvo por tantísimos años divirtiendo a chicos y grandes por todo el país, y cuyos muñecos preciosos viven ahora un merecido descanso en su museo. Claro que también vi en la tele el teatro Fantástico, el del chocolatote, con el querido Enrique Alonso. Recuerdo que pagábamos un veinte (eran de cobre, muy bonitos) a una vecina, los niños llevábamos nuestra propia silla nos instalábamos en su sala, y ella, pues yo creo que se hizo rica (para nada; pero es una linda fantasía, ¿no?)

Mi primera aventura en el teatro para niños fue hace más de veinte años, un grupo de actores: Chava Sánchez, Julieta Egurrola, Silvia Mariscal, López Rojas y otros, ellos ya famosos, yo aún estudiante de Bellas Artes, me invitaron a trabajar, querían montar una obra para niños, pero no encontraban cual, al parecer no había mucho de donde escoger. Como tengo el defecto, virtud o necedad de que si algo hace falta debo ayudar, pues me puse a adaptar unas historias que me gustaban: *Los Viajes de Gulliver*. No me salió la dichosa adaptación, pues no, ni que adaptar textos para el teatro fuera tan fácil como hacer palomitas en microondas; pero salió otra historia: *Haremos el Mar para Navegar*.

El grupo aquel desistió de su idea, o no recuerdo que pasó, el caso es que yo ya tenía en la mano aquella... ¿Obra de teatro? No estaba muy segura de su definición o valía. ¿Por qué no la llevas al taller del maestro Carballido?, me dijo una amiga. ¿Qué, qué? ¿Yo y mi querido engendro de papel en el taller del Super Maestro? ¡Qué vergüenza! Pero como a veces soy muy atrevida, fui.

¡Ahí había puros escritores picudos o casi! Y el maestro con su infinita generosi-

dad me admitió y me pidió que leyera la obra o lo que fuera que yo había escrito. Y ¡oh qué susto y que gusto, les divirtió! Y Tomás Espinoza, escritor de rica pluma y gran corazón, que ahí estaba (y que ahora debe estar en algún paraíso escribiendo cosas hermosas), me la pidió para publicar en un tomo de teatro para niños del IMSS. ¡Qué gusto y qué susto otra vez! Y ¿qué creen?, que apareció un grupo y un productor para llevarla a escena. ¡Qué maravilla! Pero luego se rajó el productor. ¡Oh desilusión! El grupo, estudiantes de la Escuela de Arte Teatral, estaba dispuesto a seguir con el proyecto, y ahí fui con ellos para levantar juntos el trabajo con dientes, manos, clavos, brochas y tres centavos.

Desde entonces no he parado, porque aquel público de chiquillos con sus patitas colgando de las butacas del teatro Orientación me cautivó, ellos y sus familiares se entregaban al juego teatral con gusto, con el deseo sincero de divertirse.

Para ellos, los niños, jóvenes y adultos, este público familiar hermoso y fresco, he cocinado los textos de estos libros, con todo mi loco entusiasmo y la experiencia de bastantes años como gente de teatro, como docente de arte en la EAT, en CEDART y en muchos talleres para maestros de primaria y secundaria, en dónde ellos me han manifestado su necesidad de textos para trabajar con sus alumnos o para ellos; uniendo mi esfuerzo al de tantas persona que hacen su labor en este campo, y de las cuales he aprendido mucho, viendo sus afanes, logros y dificultades.

Agradezco al Instituto Politécnico Nacional, a la Secretaría de Educación Pública, por su apoyo en este trabajo editorial para poder agregar un puñito de arena a la playa en donde todos, chicos y grandes, convivimos, jugamos el maravilloso juego de la vida. Ojalá que el viento siga siendo propicio y que si no hay mar frente a nosotros, ¡lo hagamos entre todos para navegar! Gracias por escuchar.

AGUAMIEL, Teatro para Niños. Editado por: Instituto Politécnico Nacional. 2000
LUNA CARA DE CONEJO. Teatro para niños. Editado por: Libros del Rincón.
Secretaría de Educación Pública. 2000.

Texto de la presentación de los libros. Leído en el Auditorio del IPN. Zacatenco. 6 de noviembre/2000.

TEATRO IMPRESO

¿QUIÉN ES EL QUE ANDA AHÍ?

Emilio Carballido

LAS VECINAS DE ABAJO TENÍAN RADIO. NOSOTROS NO. A LAS 6 DE LA TARDE, LOS tres niños de esa casa me llamaban a gritos:

—¡Ya va a empezar, ya va a empezar!

Bajaba yo corriendo un altísimo piso de la escalera conventual. Aquello era un nuevo uso para el nido de dominicos que el edificio fue: enorme vecindad, donde por cierto paseaban varias apariciones sobrenaturales. Vivíamos en el 27, abajo era el 5.

Iba a empezar Cri-Cri. Diariamente lo oíamos, diariamente bajaba yo a gozar las modernidades de mis vecinos, hasta que al fin mi madre juntó para comprar un radio, en el Monte de Piedad, y pude oír a Cri-Cri en mi propia casa.

Hablo de 1936 y 37.

Había también unos caramelos *Larín*, envueltos en canciones del Grillito. Se compraban, se pegaban en un álbum especial. Al llenarlo venía el premio, otro álbum especial, supongo que más lujoso aunque nunca lo vi. Jamás junté la colección completa porque *El teléfono* en que hablaba sin parar doña Zorra y *El baile de los juguetes* eran imposibles de hallar. Unos primos envidiosos que fueron a Veracruz, descubrieron allá una mina de teléfonos y bailes de juguetes, llenaron su álbum, los premiaron. Y, por supuesto, no se les ocurrió traerme una envolturita de regalo, nomás me presumieron de las suyas.

A veces en la clase (tercero y cuarto) se cantaban a coro las canciones, la patita que va al mercado, los conejos panaderos.

Así como la mía, está permeada la infancia de cuanto ser mexicano conozco, y una buena ración de centro y sudamericanos. Tengo setenta y cuatro años y aún puedo cantar muchas de esas canciones, y al oírlas y al decir Cri-Cri vienen un número notable de recuerdos, surgen años enteros, atmósferas, amistades de infancia, y vívidamente todos nosotros pegados al radio, también mi abuela y mi madre, y todos disfrutábamos.

Curiosa mezcla de inocencia y malicia, animales encantadores sin moraleja; las brujas salen a media noche a hacer barbaridades, pero es un hecho sin mayor

implicación que la selección de niños: prefieren, naturalmente, a los peores. La pata va de compras, la familia se alegra. El Ché Araña baila tango, y che Araña le decíamos de broma a Oswaldo Dragún, el querido Chacho que acaba de írsenos, cuando nos atiborraba de mate y hablaba del teatro de Fray Mocho.

Tres y cuatro y cinco generaciones después sigue habiendo niños Cri-Cri. Y no sé hasta dónde lleguen. Los hijos de mi generación también lo disfrutaron y se lo saben, ¡los nietos cantan *El ratón vaquero*! Cuando mi amiga Marta se siente sola le doy ánimos: ahí está con ella su viejo baúl. (Prefiero ese papel al de escoba o recogedor. Incidentalmente: esos consuelos a *La muñeca fea* son terriblemente desconsoladores. La selección de amistades no es para levantar el decaimiento de nadie).

Cri-Cri, un llamado a los recuerdos de infancia, a una zona proverbial, con frases de las canciones filtradas en el habla cotidiana, con melodías para todas las ocasiones. Íbamos de excursión, y ya era secundaria, y preparatoria. Y alguien de pronto empezaba a cantar *Caminito de la escuela*, o *El chorrito*: venía el coro instantáneo, todos nos las sabíamos, a grito pelado, y ya bebiendo tequila, o pulque de la mejor calidad que comprábamos en el camino, gañanes aguardentosos entonábamos Cri-Cri a berridos, llenos de alegre entusiasmo.

Han puesto a grabarlo a Plácido Domingo, también a no sé cuántas grandes voces de ópera. Se lo oímos a cantantes de trova mexicana.... La verdad extraña es que a nadie le salen tan bien como a esa voz afinada y bien encuadrada, tipludita y ligeramente nasal, con timbre un poco estimable, pero con un don de interpretación único. La voz de Gabilondo Soler es la que mejor les quedará siempre. Y las voces de los niños que se aprenden y repiten a gritos las melodías y las letras. Y las voces de la gente del diario. Algo se resiste en la espléndida inocencia de las creaciones del orizabeño, a que las gargantas profesionales se apropien de ellas.

Un libro que teje vida y letras es una idea amorosa, grata y propia de este fabulista, poeta, músico. Gabilondo Soler es como el Agustín Lara de los niños. Lleno de inspiración y de poesía como el otro jarocho, el que cantó los rincones oscuros de la vida y los llenó de joyería *art-nouveau*, Lara, el último de los modernistas. Gabilondo Soler es nuestro primero de los Esopos, o de los Lafontaine. Con la ventaja de que pone música inolvidable a sus inventos.

Me pidieron unas palabras para este hermoso libro: tenían que ser muy personales, si no, qué chiste. Cri-Cri, para todos nosotros, será siempre profundamente personal.

Prólogo al libro: *¿Y quién es ese señor?* Antología ilustrada de un grillito fabulista y cantador. Canciones Francisco Gabilondo Soler. Textos Elisa Ramírez. Con ilustraciones de 32 artistas, color. *Alas y raíces a los niños*. Co-edición, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes. Instituto Veracruzano de Cultura.